

CARLOMAGNO, en la serie de los reyes de Francia.

CARLOS BORROMEO (SAN), cardenal, arzobispo de Milan, vástago de una ilustre familia de Lombardia, nació en 1538 en Arona, en el Milanesado. Adoptado en 1560 por el papa Pio IV, su tío, fué revestido de la púrpura desde la edad de 23 años, y colmado de dignidades y riquezas, tuvo además una grande influencia en los negocios de la Iglesia; fué el alma del concilio de Trento, y procuró reformar los abusos que se habían introducido en la Iglesia, redactó el célebre catecismo conocido bajo el nombre de *Catecismo de Trento*, 1566. Nombrado arzobispo de Milan hizo dimisión de todos los demás cargos que ejercía para pasar a residir á su diócesis, y dió en ella ejemplo de todas las virtudes, restableciendo por todas partes la disciplina. Una de las órdenes que queria reformar, que era la órdén de los *Humillados*, trató de hacerlo asesinar; pero se sustrajo felizmente á los golpes del asesino. Cuando la epidemia de 1576 hacia tantos estragos en Milan, corrió á esta ciudad desde el centro de su diócesis, y sin temor del contagio, prodigó por todas partes socorros y consuelos. Murió en 1584 aniquilado por las austeridades á la edad de 46 años. Dicese que se hicieron algunos milagros sobre su sepulcro. Paulo V le canonizó. Se le celebra el 4 de noviembre. Ha dejado algunos escritos teológicos que han sido recopilados en 5 tomos en folio, Milan, 1747. Son notables sobre todo, sus *Instrucciones á los confesores*, y las *Actas de la iglesia de Milan*. Su vida ha sido escrita por Giussani, por Godeau y por el P. Touron, 1764. El cardenal Federico Borromeo, su primo, fundó la biblioteca Ambrosiana por los años 1600.

2º. REYES DE ESPAÑA.

CARLOS I DE ESPAÑA Y V EN ALEMANIA, archiduque de Austria, fué hijo mayor de Felipe I y de Juana, reyes de Castilla, nació en Gante en 1500. Fué elegido rey de España en 1517 y emperador de Alemania en 1519. Siendo su émulo el rey de Francia Francisco I, se encendió en 1520 una guerra entre Francia y España, de la que Italia fué el teatro principal desde el año siguiente. Vencido Francisco I y sus Franceses en muchos puntos, se alió Carlos V con Enrique VIII, y valiéndose de la diplomacia de su carácter, logró atraer á su partido al condestable Borbon, príncipe francés, que deseando casarse con Eleonora, hermana del emperador, peleó contra su patria. Su habilidad le hizo amigo del papa Adriano VI, de Florencia y de Venecia, que se unieron á su partido contra el rey de Francia, el que volvió sitiada á Marsella por los Españoles mandados por el condestable, que no pudiendo vencerla, volvió á Italia en 1534. En este año el ejército francés mandado por Bonivet, fué derrotado en Biagnas, y perdió al famoso caballero Bayard, que, según un autor, él solo valía por un ejército. Al año siguiente se dió la famosa batalla de Pavía, en la que no solo fué derrotado completamente el ejército francés, sino que el mismo rey Francisco I fué hecho prisionero por los Españoles, los cuales le condujeron á Madrid, en donde tuvo por cárcel la torre de la casa de los Lujanes en la plazuela de la Villa, hasta que llegando de Toledo el em-

perador le visitó en su prision y le hizo conducir al Alcázar real, en el que se hicieron los tratados de paz. La espada de Francisco I ha estado por muchos años siendo el trofeo de la grandeza española, en la espesada torre, hasta que hace pocos años se devolvió á Francia á petición de su gobierno. La desgracia de Francisco I y el genio intrépido y conquistador de Carlos V hicieron separarse del partido de este á Roma, cuya silla ocupaba Clemente VII, á los Venecianos y Florentinos, y á que se le declarasen enemigos los Suizos y los Ingleses. El condestable Borbon marchó contra Roma, donde encontró el príncipe de Orange, entró en la ciudad de los Césares, esparciendo el terror por todas partes y haciendo que se reconociese por el soberano mas poderoso del siglo al invicto Carlos V. El papa, que en un principio se refugió al castillo de Santo Angelo, fué hecho prisionero, y Carlos V en cuanto recibió la noticia de este incidente que halagó indudablemente su vanidad, en vez de mandar una orden para que se pudiese en libertad al pontífice, ordenó que se hicieran solemnes rogativas en todos sus reinos y estados, en las que se pidiese á Dios por la libertad del santo Padre; comedia que duró hasta que accediendo Clemente VII á las exigencias del emperador obtuvo á este precio la libertad. Un tratado concluido en Cambray, llamado el tratado de las Damas, entre Margarita de Saboya, tia del emperador, y Luísa de Saboya, madre de Francisco I, reconcilió á los dos monarcas; tambien se ajustó pacíficamente con los Venecianos y con los demás enemigos. No teniendo ya en Europa enemigos que vencer, y no pudiendo su genio conquistador sujetarse á los límites de la paz, pasó al África en 1535 con un ejército de 50,000 hombres, empezando sus operaciones de conquista por el famoso sitio de la Goleta que tomó á viva fuerza. Dirigiéndose despues á Túnez, restableció en su solio á Muley-Hassen. El grande amor que tenía á la disciplina militar, le hacia ser severo á veces hasta consigo mismo; y así es, que su ejército era el mas disciplinado del mundo, y á esta cualidad debió todas sus victorias. Como la paz de Cambray no habia sido mas que una tregua pasajera entre dos fieros caballeros, no tardó mucho en romperse el tratado, y de consiguiente empezaron de nuevo las hostilidades entre Franceses y Españoles. Entrando Carlos V en la Provenza con 50,000 hombres avanzó hasta Marsella, poniendo sitio á Arles, haciendo asolar al propio tiempo la Picardia y la Champana. Siéndole esta vez poco favorable la fortuna y despues de haber perdido mucha parte del ejército, hizo con sus enemigos una tregua por diez años en Niza el año de 1538. A pesar de su enemistad con Francisco I, obtuvo permiso para pasar por Francia con su ejército para castigar á sus súbditos de Gante que se le habían revolucionado, y á su entrada en París fué obsequiado por su enemigo, al que despues hizo cruda guerra aliado con los Ingleses, pero en la que vencido en Cerisolas tuvo que admitir la paz que se firmó en Crepi el año 1545. Algunos años antes habia vuelto al África contra el famoso Barbaroja, pero volvió á Europa sin haber aumentado sus laureles. A pesar de la lucha contra los luteranos, que con el nombre de protestantes invadian la Ale-

mania desde 1517 en que aparecieron en Sajonia, oponiéndose á lo convenido en el concilio de Trento en materia de religion, y de que venció á los príncipes de la reforma, se ha creído por algunos que el emperador participaba de la doctrina de Lutero, y por ello se persiguió á su confesor despues de su muerte. Enrique II, sucesor en el trono de Francia de Francisco I, y heredero de su odio á Carlos V, valiéndose de que este se hallaba ocupado en repeler la invasion hecha por el Turco en Alemania, introdujo la guerra en el Milanesado y en los Países Bajos, apoderándose de Metz en la Lorena. Con este motivo contemporizó el emperador con los protestantes, poniendo en libertad á sus caudillos para que se separasen de la Francia. Luego que consiguió esto, emprendió la reconquista de Metz defendida por el duque de Guisa; pero una peste sobrevinida al ejército hizo á Carlos V levantar el sitio y abandonar la plaza. Este acontecimiento y la derrota que dos años despues sufrió su ejército en Reuti en el país de Atonis, unido con su vejez y achaques de los jesuitas y religiosos unos dioses infalibles, y así es que llenaron su alma de tantos escrúpulos que el temor de su condenacion le hizo tímido, visionario, infirmo, y en fin, un ente miserable que era preciso compadecer, pues que desprovisto de toda razon fué el instrumento de los que así le educaron para gobernar siempre por él. Acogióse los tiranizados Españoles á don Juan de Austria que por su belleza fué su idolo, pudo este al cabo de tiempo sacar al rey de la tutela del P. Nithard y poco despues de la reina madre, así como de don Fernando de Valenzuela, nuevo favorito de la gobernadora, que subió al poder desde paje del duque del Infantado, el cual fué un nuevo tirano de Carlos II y de la España. Todos estos intrigantes cayeron al cumplir el rey los 45 años, en cuyo caso cesando la regencia, tomó las riendas del gobierno, llamó á su lado á don Juan y desterró á Toledo á la reina regente. La temprana muerte de don Juan volvió á poner al ya rey Carlos II bajo la tutela de su madre, pues incapaz de poder hacer nada por sí, por su limitado talento y mezquina complexion, tuvo que ser rey en el nombre, dejando reinar á su capricho á la intrigante camarilla de la reina madre, que acabó por perder á la nacion con sus impolíticas y disparatadas órdenes y providencias, por la escandalosa venta que se hizo de los empleos y por la inmoralidad de la corte. Las cuatro guerras que durante el reinado de Carlos II sostuvo la España contra la Francia, dejaron exhausto el erario, y los mal comprimidos celos de los generales y de los cortesanos entendidos por el soldado, relajaron la disciplina militar. Hecha la paz con Francia en 1697, Luis XIV trató de ganar la voluntad de Carlos II que no tenia hijos, á fin de que le legase la corona; pero penetrando el designio el rey de Inglaterra, hizo firmar en La Haya por los embajadores de las principales potencias de Europa para la particion del territorio español; pero roto este convenio por la muerte del elector de Baviera, heredero presunto de Carlos, se formó otro en el que entraba el Austria á poseer España y las Indias, la Francia, Nápoles y Sicilia con las costas de Guipúzcoa, de Toscana y de Lorena, dándose en cambio al duque de esta el Milanesado. Este proyecto fué combatido por el emperador Leopoldo y el rey de Francia que lo queria todo para sí respectivamente, y aunque los ministros de Carlos II le hicieron protestar de que así se dispusiese por las demás naciones

CARLOS II, rey de España, subió al trono en su menor edad á la muerte de su padre Felipe IV, que le tuvo en su segunda mujer y sobrina doña María Ana de Austria, cuya señora quedó por tutora de su hijo que apenas tenia cuatro años, y por gobernadora de la monarquía, asistida por un consejo compuesto del presidente del Consejo de Castilla, del de Aragon, el arzobispo de Toledo, el inquisidor general, un grande de España y un consejero de Estado. Las minorías de los reyes han sido en

todas las naciones una calamidad terrible que las ha oprimido, merced á las intrigas palaciegas que se ponen en juego en tales ocasiones para escalar el poder los que no le tienen, y abusar de él los que por legítimos ó bastardos medios han llegado hasta las gradas del trono, en tanto que crece el vástago real que ha de gobernar con hereditarios poderes. A pesar de lo querido que era del pueblo don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe, mereció el desagrado de la gobernadora, que entregada del todo á la voluntad del célebre jesuita alemán, el P. Nithard, nada hacia sin consultar á este, al que elevó á las primeras dignidades, siendo el famoso P. Froilan Diaz, que apoyaba de buena fe la ficion de los hechizos, fué separado del lado del rey y encausado con todos los demás exorcistas á petición del pueblo, indignado contra los hechiceros, y deseando Carlos II tranquilizar su conciencia consultó sobre la eleccion de sucesor con el papa Inocencio XII y con una junta de sabios teólogos, los cuales declararon por el mas válido el derecho de don Felipe, duque de Anjou, como nieto de doña Maria Teresa de Austria, hermana mayor del rey. A pesar de las reclamaciones del emperador Leopoldo contra esta decision, fué adoptada por Carlos II, y anulando el testamento que á favor del príncipe de Baviera hizo en 1698, lo renovó en 2 de octubre de 1700 á favor del príncipe de Anjou, y ya tranquila su pobre alma, pero agravadas sus dolencias, falleció en 1º de noviembre del mismo año á los 89 de su edad, terminando con él en España la rama de la casa de Austria. Tuvo dos mujeres, la primera fué doña Maria Luisa de Orleans, y la segunda doña Maria Ana de Baviera, que quedó de gobernadora del reino hasta la llegada de Felipe V.

CARLOS III DE BORBON, rey de España y de las Indias, hijo de Felipe V y de su segunda esposa doña Isabel de Farnesio, nació en Madrid á 20 de enero de 1716. Por muerte de Antonio Farnesio, último vástago de la célebre casa de Médicis, fué destinado desde muy niño por soberano de Parma, Plasencia y de Toscana, y pasando á Italia en 1730, se puso á la cabeza de las tropas enviadas por su augusto padre para asegurar la ejecucion del tratado de Sevilla. Cuatro años despues entró en el reino de Nápoles con un ejército español y estableció su corte en la capital, que le abrió sus puertas. Despues de haber asegurado su autoridad en todas las provincias napolitanas, despues de haber pasado á Sicilia y sometido aquella isla en menos de un año, apresurándose Luis XV á reconocerle, en calidad de rey de las dos Sicilias, en 1735, pudo el joven monarca afianzar la paz de sus dominios y gozar del fruto de sus afanes, gobernando durante 15 años el reino de Nápoles con tanta prudencia como sabiduría, hasta el año de 1759, en que por testamento de don Fernando VI quedó instituido heredero y sucesor en la corona de España. Apenas recibió este monarca la dolorosa noticia de la muerte del rey don Fernando, cedió la corona en 40 de agosto de 1759 al infante don Fernando, hijo tercero del difunto monarca. Memorables son las palabras que el nuevo rey de España dirigió á su sucesor en el trono de Nápoles al ceñirle la espada que el mismo rey don Carlos habia recibido de su padre: «Luis XIV, le dijo,

de su voluntad, la corte se hallaba sumamente dividida, hablando cada cual al rey á favor del heredero por que estaban ganados, ó por el que tenian mas simpatías. La reina, el almirante de Castilla, el marqués de Melgar, el conde de Oropesa, favorito del rey, del que decia el vulgo le temia hechizado, y aun el mismo rey se inclinaban á favor del Austria; el cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti hacian la parte de los Borbones. Estos debates de conciencia agravaron el ánimo de don Carlos y sus dolencias, y fanático y pusilánime por educacion, les fué fácil hacerle creer se hallaba hechizado. Su confesor, el famoso P. Froilan Diaz, que apoyaba de buena fe la ficion de los hechizos, fué separado del lado del rey y encausado con todos los demás exorcistas á petición del pueblo, indignado contra los hechiceros, y deseando Carlos II tranquilizar su conciencia consultó sobre la eleccion de sucesor con el papa Inocencio XII y con una junta de sabios teólogos, los cuales declararon por el mas válido el derecho de don Felipe, duque de Anjou, como nieto de doña Maria Teresa de Austria, hermana mayor del rey. A pesar de las reclamaciones del emperador Leopoldo contra esta decision, fué adoptada por Carlos II, y anulando el testamento que á favor del príncipe de Baviera hizo en 1698, lo renovó en 2 de octubre de 1700 á favor del príncipe de Anjou, y ya tranquila su pobre alma, pero agravadas sus dolencias, falleció en 4º de noviembre del mismo año á los 89 de su edad, terminando con él en España la rama de la casa de Austria. Tuvo dos mujeres, la primera fué doña Maria Luisa de Orleans, y la segunda doña Maria Ana de Baviera, que quedó de gobernadora del reino hasta la llegada de Felipe V.

rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo y mi padre, este me la dió á mí, y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion y de vuestros súbditos.» En 7 de octubre de 1759 se embarcó en Nápoles para España con su esposa Maria Amalia Walburg, su hijo don Carlos, príncipe de Asturias, y toda la demás familia real, arribando felizmente á Barcelona en 17 del mismo mes, donde fué recibido entre los vivas y aclamaciones con que todos los habitantes tributaban su amor y respeto al nuevo soberano. Carlos III quiso inaugurar su reinado con las mas señaladas muestras de amor á sus súbditos, puesto que no solo perdonó al principado de Cataluña todas sus contribuciones atrasadas, y confirmó muchos de los privilegios de que gozaban los catalanes antes de la rebelion de 1640 y de la guerra de sucesion, sino que hizo extensiva aquella gracia al reino de Aragon, cuando pasó por Zaragoza de tránsito para Madrid, á donde llegó en 9 de noviembre entre un inmenso gentío, así de la corte como de todos los pueblos inmediatos que habian acudido á saludar al nuevo soberano. Apenas empezó á dirigir los negocios, dió pruebas de talento en la difícil ciencia del gobierno, y puede decirse que sus primeros actos revelaron desde luego al gran hombre, al monarca sapientísimo, justo, benéfico y prudente que con justicia habia de llevar el hermoso dictado de padre de sus pueblos. Tambien perdonó á los reinos de Castilla los atrasos por rentas provinciales desde el año 1755, y los préstamos en granos que habian recibido de las tercias reales en años calamitosos. Decretó el modo con que debian irse extinguiendo las deudas de sus predecesores y de la corona, que ascendian á sumas inmensas. Mandó traer trigo de países extranjeros para que se distribuyese entre los labradores y colonos á fin de que cultivasen las muchas y fércas tierras que yacian incultas; por último, fomentó por todos los medios posibles la marina. Continuaba á la sazón la guerra que se habia suscitado en 1756 entre Ingleses y Franceses, llegando la osadía de la Inglaterra hasta el punto de insultar nuestro pabellon, deteniendo, registrando y aun apresando á nuestras naves. A pesar de la neutralidad que Carlos III se habia propuesto guardar, se vió en la necesidad de apelar á las armas para vindicar el honor nacional, obtener la debida reparacion de tantos ultrajes y poner á cubierto los dominios de América. En su consecuencia, se firmó en Madrid un tratado de alianza ofensiva y defensiva en 1761, entre la España, Francia, Nápoles y Turin, cuyo tratado es conocido con el nombre de *Pacto de familia*, declarándose la guerra á Inglaterra y poco despues á Portugal, que se negó á entrar en la liga. Muchas y señaladas fueron las victorias que ganaron las armas españolas contra los Portugueses, cayendo primero en su poder las plazas de Braganza, Moncorvo y Chaves, haciéndose por último dueños de toda la provincia de Tras-os-Montes, y de Almeida, que se rindió por capitulacion en 26 de agosto de 1762. Mientras esto pasaba en Portugal, los Ingleses atacaron la isla de Cuba, y asaltaron el castillo del Morro, que defendió valerosamente con su espada hasta el último suspiro su comandante don Luis Velasco; pero no obstante, el gobernador de la ciudad don Juan Prada capituló, en

13 de agosto de 1762. También tomaron los Ingleses en Asia a Manila en las islas Filipinas; si bien en desquite don Pedro Cevallos se apoderó de la colonia del Sacramento en el Brasil. A propuesta del rey de Francia ajustaron luego paces las tres naciones, celebrándose el tratado de Fontainebleau en 3 de noviembre de dicho año, ratificado en 10 de febrero de 1763, en virtud del cual terminaron todas las diferencias; las potencias beligerantes se restituyeron las presas que se habían hecho y mucho de lo conquistado, entre ellas la isla de Cuba a España. A pesar de los cuidados de la guerra, el rey no dejaba de ocuparse en el gobierno interior del reino. Abriéronse caminos y canales para facilitar el comercio interior; se repararon puentes y calzadas; se estableció la lotería primitiva en beneficio de algunos establecimientos piadosos, verificándose la primera extracción en 10 de diciembre de 1763; se nombraron sociedades económicas ó de amigos del país en casi todas las provincias para el fomento de la agricultura y las artes; se fundaron academias militares en Barcelona, Cádiz, Oran y Ceuta para la enseñanza de cadetes y oficiales, y se estableció el colegio de artillería de Segovia. Los piratas berberiscos infestaban nuestras costas causando mucho daño al comercio, pero Carlos III dió al intrépido marino don Antonio Barceló el encargo de perseguirlos en 1765, siendo tales las presas que les hizo, y tal el temor que les infundió que no se atrevían a salir de sus puertos. En 11 de julio de 1766 tuvo el rey el sentimiento de ver morir a la reina madre doña Isabel Farnesio, desgracia que llenó de luto a toda la nación. En el mismo año ocurrió en Madrid un gran tumulto contra el marqués de Esquilache, entonces ministro, por haber prohibido el uso de los sombreros de ala ancha, con los cuales encubrían el rostro los hombres de mal vivir que hacían frecuentes robos; pero la sabiduría del conde de Aranda, presidente del consejo de Castilla, supo restablecer la quietud castigando las principales cabezas de la sedición. En aquel mismo año arregló S. M. la administración de la hacienda pública, dando providencia para la extinción de las rentas provinciales, alcabalas, etc., reduciéndolas todas a una sola contribución; dió muchas providencias de buen gobierno; y á los corregidores una instrucción que les marcaba sus obligaciones, y poco después espulsó de todos sus dominios á los jesuitas enviándolos á los estados del papa, que no aprobaba tal espulsion, sobre lo cual hubo serias contestaciones con la corte de Roma. En 1769 introdujo en la milicia la táctica adoptada por las demás potencias europeas, y en particular por la Prusia; aumentó la marina, fortificó las plazas, pobló los vastos desiertos de Sierra Morena, haciendo venir colonos de Alemania, Italia y Francia, y se formaron los hermosos pueblos conocidos bajo el nombre de *Nuevas poblaciones de Sierra Morena*. Entretanto la Inglaterra, resentida por los continuos triunfos que Barceló conseguía contra los corsarios berberiscos, y sobre todo porque los gobernadores españoles echaron á los Ingleses en 1770 de las islas de Falkhan ó Maluinas, estuvo para romper con España, aunque injustamente; pero se entabló una negociación por la que se arreglaron todas las diferencias. Se reconquistó también la Lui-

siana, volviendo á poder de España. Libre ya Carlos III del cuidado que le daban las disensiones de la corte de Londres, volvió á ocuparse del gobierno interior de sus pueblos; estableció en Madrid cátedras de matemáticas, lógica, filosofía moral, física experimental, disciplina eclesiástica, lenguas latina y griega, hebrea y árabe; procuró la reforma del estado eclesiástico por la autoridad competente, haciendo que se observasen con escrupulosidad los sagrados cánones é instituciones de la silla apostólica; redujo la jurisdicción eclesiástica de la Inquisición á sus justos límites, mandando que los inquisidores observasen las leyes del reino y no formasen procesos sino en materia de herejía y apostasía; en fin, arregló la moneda que circulaba, tanto de oro como de plata, muy desgastada, mandando que se llevase al real erario y se cambiase por otra nueva mejor acuñada y de mejor ley. En 1773 se verificó la partición de la Polonia entre la Rusia, la Prusia y el Austria, que la invadieron por tres puntos con sus ejércitos, perdiéndose en cierto modo con esta injusticia el equilibrio de la balanza política de la Europa; sin embargo, la España se consideraba tranquila, habiéndose concluido las negociaciones con Roma á satisfacción de Carlos III, que por medio de su plenipotenciario en aquella corte, el señor Moñino, consiguió arreglar varios puntos eclesiásticos, y que el papa Clemente XIV espidiese la bula de extinción de los jesuitas, que se publicó después en el mes de julio de dicho año de 1773. En este mismo año el emperador de Marruecos violando con la mayor perfidia el tratado de paz que hacia poco tiempo habia celebrado solemnemente con la España, embistió con fuerzas considerables nuestras plazas de Melilla y el Peñon de Velez; pero después de cuatro meses de sitio, se vieron obligados los Moros á retirarse con pérdida de mucha gente, llenos de confusión y de vergüenza. Irritado Carlos del ultraje que acababan de hacer los Argelinos á la nación española, quiso llevar la guerra hasta Argel, aprestándose una escuadra de cuatrocientas velas que salió de Cartagena en 28 de junio de 1775, y el 4 de julio llegó á la vista de Argel. Mandaba las tropas de tierra el conde O'Reilly, y don Pedro Castejon las de mar. Desde luego pudo pronosticarse el mal éxito de la expedición, porque los generales estaban divididos en el modo de verificar el ataque, y aunque al fin lograron ponerse de acuerdo, los Holandeses, Ingleses y otros enemigos de nuestras glorias habian provisto la plaza de armas y municiones, de modo que apenas desembarcaron los Españoles, fueron rechazados por los Argelinos y tuvieron que reembarcarse con pérdida considerable, volviendo la escuadra á los puertos de Cartagena y Alicante. Estendiendo el magnánimo Carlos su infatigable celo á todos los ramos de la administración pública, espidió en 23 de marzo de 1776 la pragmática de los matrimonios, por la cual prohibió á los hijos de familia casarse con personas desiguales sin consentimiento de sus padres, tutores y curadores, y aun con las que fuesen iguales, si no habian llegado á la edad de 25 años, etc. Declaróse la guerra á Portugal á causa de haber violado esta nación los tratados de paz, y los Españoles se apoderaron de los castillos de Punta-gresa y Santa Cruz en la isla de Santa Ca-

talina, y recobraron la colonia del Sacramento. En 1777 se firmó un tratado de paz con Portugal, por el cual se restableció la buena armonía entre ambos gabinetes, fijándose los límites de las potencias de un modo claro, y cediendo Portugal para siempre á España las riberas del Rio Grande, y por otro tratado concluido en el Pardo á 24 de marzo del siguiente año se arregló también el comercio de las dos naciones. Hacíanse entretanto la guerra Francia y la Gran Bretaña, fundándose esta en que Luis XVI protegía las colonias anglo-americanas que se habian sublevado. La Francia persuadió á la España á que tomase parte en esta guerra, y Carlos III que nunca pudo mirar con indiferencia que Gibraltar, situado en término español, y Mahon estuviesen en poder de los Ingleses desde el reinado anterior, deseaba recobrar estas dos plazas por su mismo decoro, y se decidió á entrar en esta guerra mandando retirar su embajador de Londres, y dió principio á las hostilidades contra Inglaterra uniéndose á la Francia. Juntóse con la de esta nación la escuadra española compuesta de cuarenta navios de línea, seis fragatas y otros buques menores, al mando de los generales don Luis de Córdoba y don Antonio de Arce, reuniéndose una escuadra formidable de cincuenta y dos navios de línea, muchas fragatas y otros buques de guerra que se dirigió al canal de la Mancha, amenazando desembarcar en Inglaterra é Irlanda, y obligar al gobierno británico á pedir la paz. Aunque la escuadra combinada bloqueó el puerto de Plymouth dos dias, habiendo apresado el navio inglés *Ardiente*, los vientos y las tempestades le arrojaron del canal y de las costas de Inglaterra, frustrándose de este modo el plan que se habian propuesto las dos cortes aliadas. En América eran algo mas prósperos los sucesos; pues las tropas españolas tomaron á los Ingleses los fuertes de Mislimakink, Pacmure y el de Baton-Rouge, logrando además los sitios y conquistas de Panzicola y la Movila en la Florida. Los Ingleses fueron arrojados de la costa y de los establecimientos de Honduras, lago de Nicaragua y río de San Juan. En 1772 se reconquistó á Mahon y toda la isla de Menorca, después de haber estado separada del dominio español por espacio de 74 años. No fué tan próspera la fortuna á las armas españolas en la reconquista de Gibraltar, pues á pesar de los heroicos y constantes esfuerzos de los Españoles, nuestra escuadra fué destrutada, no tanto por el poder y las fuerzas navales de Inglaterra, como á causa de una furiosa tempestad. En el año de 1772 se creó en Madrid el banco nacional de San Carlos (actualmente de San Fernando) constando de ciento cincuenta mil acciones que componian un capital de 30 millones de reales. Verificada la conquista del puerto de Mahon, Carlos III volvió sus miras á Gibraltar, dirigiéndose contra esta plaza, situada dos años habia inútilmente, con todas las fuerzas combinadas. El intrépido comandante don Antonio Barceló se habia dedicado desde luego á bloquear por mar impidiendo le entrase socorro alguno; pero sin embargo, no pudo impedir que los Argelinos, varios comerciantes, y lo que es mas extraño, muchos europeos españoles, que por el oro no reparaban en ser traidores á su patria, arrojando los peligros y aprovechando

cualquier ocasion que se presentaba, ya por las corrientes del estrecho ó por los vientos, abastecian la plaza de varios artículos. En vano castigó Barceló con el último suplicio á los delincuentes aprehendidos, pues no pudo impedir que recibiesen auxilios de Africa y de las costas de Italia. El duque de Crillon, cubierto de gloria con la conquista de Mahon, fué nombrado general en jefe para la de Gibraltar: se presenta en el campo de San Roque con un numeroso ejército, que se reúne al sitiador lleno de entusiasmo con el nuevo general: empiezan las baterías á hacer contra la plaza el fuego mas horroroso que jamás se ha visto; esta padece muy poco; y su gobernador Eliot, uno de los mejores generales de Inglaterra, nada teme: las escuadras procuran estrechar por mar el bloqueo, pero en fin todos estos esfuerzos son inútiles. La Inglaterra se habia propuesto conservar esta plaza á toda costa. Crillon creia comprometida su reputación si no la tomaba, y á este fin formaba cuantos cálculos y proyectos son imaginables, sin satisfacerle ninguno; por último un oficial francés llamado d'Arson imagina la construcción de unas baterías flotantes hechas á prueba de bomba, con las cuales se pudiese batir la plaza por el muelle, abrir brecha y en seguida dar el asalto. Este proyecto fué aprobado con aplauso: infinidad de gente empezó á trabajar con ardor y entusiasmo las baterías flotantes, que costaron sumas inmensas, y se artillaron y prepararon para el ataque, señalando para darle el 13 de setiembre de 1782. Con efecto, llegado este dia se presentaron diez baterías flotantes delante de la plaza, y rompieron el fuego contra ella bajo los mejores auspicios: al mismo tiempo toda la artillería de la línea respaldó también el fuego para llamar la atención del enemigo, mientras las destructoras máquinas combatian por la mar. Esto unido al fuego horroroso que la plaza hacia con todas sus baterías, formaba el espectáculo mas grandioso y terrible que puede imaginarse. Algunas de las baterías flotantes se situaron á trescientas toesas de la plaza, y dirigian tan acertadamente sus fuegos que principiaron á hacer un horrible estrago en la muralla, de forma que el gobernador Eliot, á pesar de su mucha experiencia y de su valor, entró en cuidado, y tomó las mas activas precauciones contra el riesgo que le amenazaba. Ya se esperaba el feliz éxito de este sangriento combate cuando las baterías de la plaza empezaron á arrojar, contra todo el derecho de gentes, balas rojas de grueso calibre sobre las flotantes, que á muy poco tiempo principiaron á arder: entonces los infelices que en ellas estaban tuvieron que luchar con el fuego prendido en sus embarcaciones, con el de la plaza, y con el agua del mar á que se arrojaban para librarse de una muerte inevitable, muriendo la mayor parte abrasados: y hubieran perecido todos á no ser por la generosidad del mismo general Eliot, que horrorizado de tal estrago, y compadecido de tantas víctimas, envió una porción de lanchas en las cuales se salvaron muchos de ellos. Por último, las baterías flotantes quedaron reducidas á cenizas, perdiéndose en la expedición mas de 4,200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y las inmensas sumas que se habian empleado en la construcción de ellas. Para completar la desgracia de esta triste expedición,

hubo una tempestad tan deshecha que se llevó la mayor parte de las tiendas de campaña, y la escuadra combinada estuvo á pique de estrellarse contra las costas padeciendo mucho, siendo apresado por los Ingleses el navio San Miguel de 60 cañones. Con motivo de haberse mudado el ministerio inglés, reemplazando al impetuoso lord Pitt el sabio y moderado marqués de Rockingham, se firmó la paz en Versalles á 20 de enero de 1783. Efectuada la paz con la Inglaterra, se celebró también con el Gran señor á 14 de setiembre del mismo año; pero dió principio la guerra contra las regencias berberiscas que ejercian sus piraterias en nuestras costas, y fué preciso intentar los dos bombardeos de la plaza de Argel, prestándose la regencia á la paz cuando ya estaba preparado el tercero. De este modo quedaron libres de enemigos ambos mares desde los reinos de Fez y Marruecos en el Océano, hasta los últimos dominios del emperador turco en los confines del Mediterráneo, y la bandera española se vió con frecuencia en todo el Levante donde jamás habia sido conocida. En 1785 se formó la nueva compañía de Filipinas, y se estableció en Madrid el Gabinete de Historia natural, quizá el mas rico de todos los de Europa. En 14 de julio del siguiente año de 1786 se concluyó un tratado con la Inglaterra, conviniendo esta en evacuar dentro de seis meses la costa llamada de los Mosquitos, cediéndole Carlos III la isla de los Perceyes, con tal que no construyesen fortificaciones guarnecidas de artillería. También se concluyó otro tratado de paz y comercio con la Prusia. Asegurada ya la paz en España con todas las potencias, su soberano se dedicó exclusivamente al gobierno interior del reino y al fomento de la agricultura, las artes y el comercio; instituyó las fábricas de paño de San Fernando, Guadalajara y Brihuega; mandó construir el canal de Aragón; reformó la legislación, que se resentia de las costumbres de los diversos tiempos en que se formó, cuyo trabajo fué encomendado al célebre juriconsulto conde de Campomanes. Interminable seria la reseña de todos los hechos que han immortalizado el reinado del señor don Carlos III. En la imposibilidad de transcribirlos todos en las columnas, de este diccionario haremos rápida mención de los principales. A fuerza de gastos, de desvelos y constancia, consiguió que la corte, entonces el pueblo mas sucio, quedase convertido en uno de los mas limpios y aseados de Europa. Arregló el ramo de administración de propios y arbitrios, la coleccion é inversion de los espolios y vacantes, y de las prelacías eclesiásticas, encargando se formasen bibliotecas públicas y se atendiese á otros objetos útiles al clero y al socorro de los pobres; creó la real y distinguida orden de Carlos III para premiar con ella á los súbditos que mas se distinguiesen por sus méritos; para estermiar la haraganeria, prohibió los buboneros andantes con cámaras oscuras, ópticas ó animales de habilidades, los romeros ó peregrinos estraviados, los fingidos saludadores y otros, y por una pragmática quiso que se estinguiese hasta el nombre y la raza de los llamados gitanos, á fin de convertir en personas útiles y aplicadas tantos millares de ellos, mandando en fin que dejasen su traje, jergonzas y modales, y se dedicasen á algun oficio honrado; sujetó á la jurisdicción or-

dinaria todo fuero y privilegio, excepto el del militar en actual servicio; prohibió los préstamos usurarios de los mercaderes, dando sabias providencias para cortarlos, é impuso penas rigurosas á los jugadores de envite, suerte y azar: erigió en Madrid el tribunal de la Rota, y estableció montes pios para las viudas é hijos de los jueces togados, alcaldes mayores y otros varios empleados en su real servicio; dió permiso para la creacion de consulados en los puertos de España, donde no los hubiese; estableció los reales colegios de anatomía y medicina en Madrid y Barcelona, y por último mandó formar un empadronamiento general de sus vastos dominios, con lo cual tuvo la satisfacción de ver lo mucho que habia acrecentado el número de sus súbditos, y de ver aumentados los brazos de la industria y agricultura. La sensible muerte de su hijo el infante don Gabriel, acacida en 1778, llenó de amargura el corazon del magnánimo Carlos, principiando á decaer la salud robusta que hasta entonces habia disfrutado. A principios de diciembre del mismo año le sorprendió una fiebre inflamatoria, que degenerando en pulmonía le condujo al sepulcro al amanecer del dia 14 del propio mes á los 73 años de edad, dejando sumidos en el luto y la consternación á todos los Españoles, que mas que la muerte de un monarca lloraban la irreparable pérdida de un padre.

CARLOS IV DE BORBON, hijo segundo y sucesor de don Carlos III, nació en Nápoles en 11 de noviembre de 1748, proclamado principe de Asturias, cuando su padre ascendió al trono de España, y casó en 4 de setiembre de 1775 con doña Maria Luisa, hija del duque de Parma don Felipe. Ocupó el trono de las Españas en diciembre de 1788. Principió á reinar bajo los mejores auspicios, contando con el apoyo mejor que pueden tener los tronos, el amor y respeto de sus pueblos. Un acontecimiento singular y terrible vino á turbar muy pronto la felicidad que el monarca y sus súbditos se prometian; fué esta la revolución de Francia que estalló en el año de 1789 y la cual condujo al patíbulo al desgraciado Luis XVI. Indignado Carlos IV al saber el mal éxito de la gestion que habia hecho á la Convencion nacional en favor de su desventurado pariente, resolvió declarar la guerra á la Francia y tuvo un consejo sobre este proyecto. El conde de Aranda se mostró contrario, atendido el mal estado de las rentas reales; pero don Manuel Godoy, que habia sido nombrado consejero de estado, se declaró en favor de la guerra, y Aranda cayó en desgracia y fué desterrado. Sucedióle Godoy en el ministerio y á poco tiempo obtuvo el título de duque de la Alcudia. Declarada, pues, la guerra, nuestros ejércitos penetraron en Francia, y aunque al principio consiguieron algunas pequeñas ventajas, el resultado de la lucha no pudo ser mas funesto para España, porque después de 3 años y medio de inmensos sacrificios de sangre y dinero, los Franceses arrojaron nuestras tropas de su territorio, ocuparon parte de las provincias Vascongadas en 1795, entraron por Cataluña, y tomaron la importante plaza de Figueras, que conservaron hasta el año siguiente de 1796 en que nos fué devuelta por la vergonzosa paz que se concluyó con condiciones demasiado humillantes; pero que sin embargo, dieron al

favorito Godoy el gran título de Príncipe de la Paz. No fué duradera esta paz, porque poco tiempo después, por consejo del mismo ministro se encendió la guerra con Inglaterra, siendo igualmente funesto el resultado, pues fué derrotada nuestra armada naval compuesta de 37 navios de línea, 4 fragatas y un cutter en el cabo de San Vicente. Los ministros Saavedra y Jovellanos, persuadidos de que Godoy era la causa de tantos desastres y desgracias, se atrevieron á manifestar al trono las quejas y clamores que por todas partes se oían contra el favorito; pero el resultado de esta manifestación fué el que debía esperarse: Saavedra fué desterrado y Jovellanos condenado á encierro perpetuo. En 1801 se concluyó la paz de Amiens entre la Francia y demás potencias del Norte; pero habiendo quebrantado Napoleón Bonaparte, dueño ya en aquella época de la Francia, este tratado dos años después con motivo de haber erigido en reino la república cisalpina, coronándose en Italia, la Inglaterra y otras potencias declararon la guerra á la Francia, y esta reclamó de España el cumplimiento del tratado de 1796, es decir, los 16,000 hombres de infantería y 8,000 de caballería; y después de varias contestaciones se logró rescindirio, ó por mejor decir, comprar la neutralidad de España en 24 millones de reales anuales. Al regresar la corte de un viaje que hizo á Barcelona para celebrar el matrimonio del príncipe de Asturias con una princesa de Nápoles y una infanta de España con el príncipe de las dos Sicilias, se rompió por los Ingleses aquella neutralidad, consiguiendo á costa de grandes sacrificios, apresando 4 fragatas españolas cargadas de plata que venían de América, sin previa declaración de guerra. Este ataque inesperado dió motivo al combate de Trafalgar en octubre de 1805, en que fué derrotada nuestra escuadra, ó por mejor decir, completamente destruida nuestra brillante marina. Por otra parte Napoleón, ya emperador de los Franceses en 1804, sacó también de la península, con el pretexto de preservar el reino de Etruria de los ataques de los enemigos del Norte, 4,000 soldados veteranos y otros 11,000 para el Hannover con el mismo objeto, sin duda para dejar á la nación sin fuerza alguna, á fin de conseguir mejor los ambiciosos proyectos que respecto á ella se proponía. A medida que España se aniquilaba de día en día en todos conceptos, crecía el favor que Carlos IV dispensaba á Godoy; ya era príncipe, generalísimo y almirante de los ejércitos de mar y tierra; se creó por él el consejo de almirantazgo cuando ya no había marina, del que fué nombrado presidente; emparentó con la familia real, casándose con María Luisa hija legítima del infante don Luis, y por último en el año de 1807 llegó á ser el árbitro de la nación española. En este tiempo en virtud de cierto tratado secreto entre Napoleón y don Carlos IV, se cedió la Luisiana española con 24 millones de reales y 6 navios de línea á la Francia, obligándose Napoleón á coronar en Etruria, con título de rey, al heredero del ducado de Parma casado con María Luisa, hija de Carlos IV; pero habiendo muerto este joven príncipe á pocos años, dejó nambada á su mujer regenta de aquel nuevo reino. Prestando Napoleón que los súbditos de la reina viuda estaban quejosos de su mala dirección, la despojó del reino en octubre

de 1807, reuniéndolo al de Italia. Se cree que esta espoliación fué una consecuencia del tratado de Fontainebleau de 29 de octubre de 1806, en que no obstante reconoció Bonaparte á Carlos IV, por rey de España y de las Indias. En este mismo tratado se estipuló que la reina de Etruria debía reinar con su hijo en Portugal, donde Godoy sería creado duque soberano de los Algarbes. Para realizar este plan se acordó que entrase en España un ejército francés de 36,000 hombres, y si no era suficiente para realizarlo, otro de 40,000. Con efecto, en el siguiente mes de noviembre entraron en España las tropas francesas al mando del general Junot, y unidas al ejército español se dirigieron á Portugal, publicando Junot no tener otro objeto aquella invasión que el de guarnecer algunos pequeños puertos para cerrarlos á los Ingleses, que entraban y salían en ellos con notable perjuicio de la Francia, en cuyos términos se le anunció al gabinete lusitano y á los pueblos; pero los príncipes de Portugal, conociendo que las miras de Napoleón eran apoderarse del reino, se embarcaron para el Brasil, llevándose consigo la mayor parte de sus tesoros y riquezas, dejando un gobierno interino y provisional y un manifiesto ó proclama á sus súbditos, exhortándolos á observar buena armonía y á las tropas francesas. Estas en unión de las españolas entraron en Lisboa sin oposición alguna de parte de los Portugueses. Junot proclamó por rey á Napoleón, dando por desierto el reino con motivo de la ausencia de sus príncipes, y fué nombrado por Napoleón su lugarteniente, faltando como acostumbraba á lo convenido con el general español, prestando que era necesario que Portugal estuviese bajo una sola cabeza que lo dirigiese y gobernase. Como si hubiese sido una conquista formal, Junot impuso una contribución de 404,000,000 y confiscó todas las propiedades de facturas inglesas, pertenecientes ó no á individuos de esta nación, é importantes muchos millones de pesos, que al instante fueron transportados á Francia con algunos miles de soldados portugueses, y una diputación que en nombre de la nación reconociese y felicitase á Bonaparte por su legítimo soberano. Por entonces se trazaba en España otro plan dirigido á presentar á la faz de la nación y á la de todo el mundo, al príncipe de Asturias como un vil criminal, que atentaba contra la vida de su padre para ceñirse la corona. En efecto, consiguió la intriga que á don Fernando se le arrestase y formase el fiscal pidió la pena de muerte contra el desgraciado príncipe, procurando de este modo y con tan viles maquinaciones desconocer á este con su padre y con la nación, consumir premeditadas ambiciosas ideas, y acelerar los pasos del astuto Napoleón, para que no dilatase un momento el poner en práctica sus vastos proyectos. Con efecto, Napoleón determinó que inmediatamente se acercase á las fronteras de España un numeroso ejército, se introdujese en ella, apoderándose de las plazas de San Sebastian y Pamplona, y revolviendo sobre la parte oriental se posesionase de Barcelona, Monjuich y Figueras, lo que se verificó en 24 de diciembre de 1807 sin obstáculo alguno, bajo el velo de la amistad y alianza que mediaba entre España y Francia, aunque en

realidad el objeto de Napoleón no era otro que el de penetrar después seguro con sus ejércitos en lo interior del reino, como en efecto lo hicieron estos, trayendo á su frente al príncipe Joaquín Murat, gran duque de Berg, cuñado de Napoleón. Sorprendido el pueblo español de este acontecimiento, elevó sus clamores al trono, manifestando la desconfianza que tenía del tirano de la Francia; pero el rey espidió un decreto manifestando que las tropas del emperador su aliado ningún recelo debían infundir á la nación, pues venían como amigos y pasaban á Portugal. Diciendo siempre los Españoles á la voz de su rey tranquilizaron sus ánimos, corriéndose la voz de que el príncipe trataba de enlazarse con la familia del emperador; y creyeron de buena fe que lejos de tratar este de ejecutar la perfidia y traición horrenda de que se valió para querer esclavizarlos, venía á destruir el inmenso poder de Godoy y á coronar á Fernando, para cuyo fin se posesionaba de las plazas indicadas, en las que entraron los ejércitos franceses como amigos y aliados, abriéndoles las puertas y saliendo á recibirlos. Llegó por fin el tiempo en que la nación, y particularmente el sitio de Aranjuez y la corte, fuesen testigos de una catástrofe que manifestase la inconstancia de la fortuna y la vicisitud de las cosas humanas: tal fué la caída del príncipe de la Paz de la altura y privanza á que había llegado, en la que pocos le igualaron. Intentó que los reyes se fugasen á las Andalucías y de allí á América, dejando abandonado el reino á disposición del ambicioso Napoleón ó á los horrores de la anarquía. Conociendo esta plan el pueblo de Madrid, se previene para frustrarlo: los reyes se hallan en este real sitio y Godoy con ellos: se sabe que el 18 de marzo de 1808 por la noche se ha de verificar la precipitada fuga, y en aquel mismo día se rasga el velo. El pueblo de Aranjuez, sus alrededores y la tropa se alarman para impedir la fuga; se cerca el palacio y la casa del almirante, y se ponen centinelas toda la noche; fuerzan la puerta de dicha casa y entran en ella; prenden á los primeros pasos á don Diego Godoy, duque de Almodovar, mas no encuentran al que buscaban, que era el favorito almirante Godoy; no por esto se salvó, pues al día siguiente 19 le descubren en un rincón que estaba destinado á guardar esteras y muebles inservibles. El pueblo se arrojó á él con furor, y hubiera sido despedazado á no ser por el príncipe don Fernando que se encargó del castigo á que Godoy se había hecho acreedor por sus procedimientos: el pueblo sediento de la sangre del que consideraba motor de las desgracias que afligían á la nación, moderó los impulsos de su cólera, y atendiendo solo á la voz de su adorado príncipe, convirtió su ira en vivas repetidos á este, conduciéndole en triunfo. El príncipe de la Paz debió la vida á quien pocos meses antes, se decía, había tratado de quitársela por medio de la mas horrible calumnia. Complaciendo don Carlos IV los deseos de la nación que eran ver en el trono á su amado príncipe, abdicó en él la corona en 19 de marzo, haciendo su entrada pública en la capital el 24 del mismo en medio de inmensas aclamaciones.

CARLOS MARIA ISIDRO DE BORBON (DON), infante de España, hijo segundo de don Carlos IV y de doña María Luisa de Borbon, nació el día 29 de marzo

de 1788. Este príncipe recibió una educación correspondiente á su egregia clase, y fueron sus maestros: de literatura don Cristóbal Bencomo; en letras sagradas y en las ciencias, el célebre P. Scio, y en el arte militar don Vicente Maturana; velando sobre su educación y sus estudios el marqués de Santa Cruz y el duque de la Roca. Cumplia 16 años de edad el infante, cuando los acontecimientos de Aranjuez produjeron la caída de Godoy, la abdicación de su padre Carlos IV y la elevación al solio español de su hermano mayor don Fernando VII. El nuevo monarca comisionó al infante para que, encaminándose á Burgos, recibiese en su nombre á Napoleón, que ya hacia tiempo calculaba los medios de agregar el pueblo español al número grande de los otros que su política ó sus talentos militares habían logrado subyugar, y que se preparaba á entrar en España. Son tan conocidos los acontecimientos de aquella época, de triste recordación para los Españoles, que apenas nos detendremos á citar uno de los mas notables en que tomó parte el personaje, objeto de este artículo. Llamado á Bayona Fernando VII por Napoleón, don Carlos acompañó á su hermano á la nación vecina, y entró en aquella ciudad el 30 de abril de 1808. Sabido es que á consecuencia de la jornada del 2 de mayo, Fernando VII hubo de adherirse, para mitigar la cólera del emperador, al bochornoso tratado de Bayona de 5 de mayo, por el cual Carlos IV cedió al conquistador todos sus derechos sobre la España y las Indias. Don Carlos y su tío don Antonio se adhirió tambien á este tratado, y firmaron en Burdeos la cesion de todos sus derechos, á lo cual se siguió la intrusión del rey José y aquella lucha terrible y sangrienta de seis años que con tanta justicia se nombra *Guerra de la independencia*. Terminada esta célebre contienda, don Fernando y don Carlos regresaron á la Península en la primavera de 1814; y ya fuese por verdadera inclinación, ya por la larga prision que juntos habían sufrido en un reino extranjero, es lo cierto que ambos hermanos se amaban entrañablemente, no obstante la diversidad de su carácter. Restablecido el rey en su trono, don Carlos le asistió y le ayudaba en el gobierno del reino, presidiendo los consejos de Estado y de la Guerra, y hallándose mas adelante al frente del ejército como generalísimo. Poco después enlazáronse dos princesas de Portugal con la familia real de España: una de ellas, la excelente y nunca bien llorada doña María Isabel de Braganza, ocupó el trono casándose con Fernando VII; la otra, doña María Francisca de Asis, unió su suerte á la del infante don Carlos: es incontestable que el carácter inflexible y rígido de esta última princesa ejerció en lo sucesivo un absoluto predominio en la conducta de su esposo; las bodas se celebraron en 1816. Cuatro años mas tarde, aconteció la revolución de las Cabezas de San Juan, y el restablecimiento de la Constitución de 1812. Don Carlos al principio se opuso con decision á aquel trastorno político; mas el 4 de marzo de 1820, en una proclama que dirigió al ejército español como generalísimo, ofreció ser fiel observador de la Constitución que había jurado, y espresó que su observancia era una obligación sagrada. «Eramos todavía muy niños cuando tuvieron lugar estos acontecimientos, y nos sería difícil juzgar acerca

de la sinceridad del infante en aquellas circunstancias; lo que no tiene duda es que don Carlos y los liberales, pasado muy poco tiempo, se odiaban reciproca y mortalmente, y que mas de una vez se dieron pruebas mutuas de este odio. Por lo demás, el infante siguió constantemente la suerte de la real familia, con la cual se trasladó á Sevilla y á Cádiz, y regresó después á Madrid cuando se restableció el gobierno absoluto. Sabido es, que en los años 23 y 24 se obró una division profunda entre los prohombres del partido absolutista; que los mas moderados durante aquella reaccion eran considerados como traidores, por ejemplo, Cea, Ofalia, Cruz, Quesada; y que los muy exaltados, como los obispos de Tarragona y de Leon, Ugarte, Calomarde, duque del Infantado, Aymenrich, Carvajal y otros, eran conocidos con el dictado de *apostólicos* y tenían por jefe á don Carlos. Esta division dió lugar á las conspiraciones de Capapé y Bessieres, en la última de las cuales ya se proclamó á Carlos V, y se fijaron pasquines hostiles al rey Fernando. Menester es decir sin embargo, que nadie atribuía estos planes descabellados al infante, sino á su esposa, y á la princesa de Beira entonces su cuñada: los principios religiosos de don Carlos, cualesquiera que fuesen sus esperanzas acerca del trono, estamos seguros de que no le permitirían ni pensar siquiera en el destronamiento de su hermano ni en la usurpacion de la real diadema. Como quiera que sea, el bando ultra-absolutista no desistió por eso de sus intentos, y después de muchas conspiraciones insignificantes por sus resultados, sucedió la sublevacion de Cataluña en favor de don Carlos. El viaje de Fernando al principado y la bárbara energía que desplegó en aquella ocasion el conde de España contra carlistas y liberales indiferentemente, apagó bien pronto la insurreccion. El monarca regresó á su corte, y desde entonces puede decirse que, bajo las apariencias de mutuo cariño y respeto, se ocultaba ya entre don Fernando y don Carlos, por lo menos una desconfianza estrema. No tardó mucho en ocurrir el fallecimiento de la tercera esposa del rey doña María Amalia de Sajonia: don Fernando contrajo cuartas nupcias con la princesa de Nápoles doña María Cristina de Borbon; y es circunstancia notable que don Carlos fué elegido por su hermano para recibir, desposarse por poderes, acompañar y obsequiar hasta Madrid á la Infanta napolitana. — Nació doña Isabel II: restableciöse la antigua ley de sucesion que siempre rigiera en los reinos de Leon y de Castilla: los liberales y los menos reaccionarios entre los absolutistas, se agruparon mezclados en torno de la cuna régia de la legítima heredera; el mismo rey invitó á don Carlos á concurrir á la jura de la serenísima princesa; pero el infante se negó rotundamente, diciendo á su hermano y rey: «No puedo prescindir de mis legítimos derechos; derechos recibidos de Dios, y que solo Dios puede quitarme.» Tal era sin duda alguna el convencimiento íntimo de don Carlos, y estas palabras esplican perfectamente su carácter y su conciencia. Sin embargo, después de pronunciadas, la guerra civil fué mas que inminente, fué inevitable... pero no adelantemos los sucesos. La situación de España en aquella época era terrible y amenazadora: la mortal enfermedad del monarca vino á complicarla es-

pantosamente. Casi en la agonía, los partidarios de don Carlos lograron arrancar al moribundo rey un codicilo por el cual se heredaba á su hija (véase el artículo de CALOMARDE); pero don Fernando cobró vida, el gobierno del Estado se confió á otras manos, y el Infante y su familia se trasladaron á Portugal; este viaje se consideró generalmente como un destierro decoroso; el rompimiento formal entre los dos hermanos no podia ser mas patente. Entretanto la salud del rey era precaria y nadie desconocía que su vida se apagaba por momentos. Los partidarios de don Carlos y los de la princesa Isabel se preparaban sin rebozo para entrar en una lucha que, como hemos dicho, era inevitable: don Fernando murió en octubre de 1833, y don Carlos desde Portugal tomó la voz y dictado de monarca, dirigiéndose como tal á los secretarios del despacho, y á los primeros tribunales, magistrados y corporaciones del reino. Como al mismo tiempo rechazó todas las mediaciones y todas las ofertas, se decretó su esclusión y la de toda su línea del derecho á suceder en el trono; estalló la guerra civil. Reunieronse al Infante en Portugal la princesa de Beira, el general Cabañas, Abreu y muchos otros Españoles; y allí comenzó á organizarse alguna fuerza á las órdenes de Moreno y de Maroto. El general Rodil, comandante de la línea fronteriza, y ya avezado á este género de operaciones militares, como que la había practicado en tiempo del rey difunto, recibió el encargo de apoderarse á toda costa de don Carlos. Dijo entonces que había alimentado algunas confidencias dirigidas á lograrlo: creyeron otros que apeló con el mismo objeto á diferentes medios en los cuales enlazaba la astucia con la fuerza; y no faltó quien asegurase que su antiguo reconocimiento por los individuos de la familia real, fué causa de que no aprehendiese entonces á don Carlos como podia haberlo hecho. Nada de esto está suficientemente justificado para que nosotros lo recibamos como auténtico; y aun el último de estos asertos casi queda desmentido, si se tiene presente la actividad con que Rodil persiguió mas adelante á don Carlos en las provincias del Norte. Lo evidente es, que el general español en combinacion con las fuerzas del emperador don Pedro, invadió el Portugal; y el resultado de aquel paso fué que el Infante se acogió á bordo del Donegal, buque de guerra inglés, y se refugió en Londres. Poco tiempo permaneció don Carlos en Inglaterra: merced á los manejos de Mr. Auger de Saint-Salvain, conocido después por el título de baron de los Valles, y á la liberal tolerancia del gobierno de nuestra aliada la Gran Bretaña, logró fugarse, atravesar la Francia y entrar en las provincias Vascongadas al oscurecer el día 8 de julio de 1834. Poco después entró en Elizondo, donde Zumalacarregui, noticioso ya de su arribo, le aguardaba con lo mas escogido de sus escasas fuerzas; porque entonces comenzaba á dar consistencia y organizacion á aquellas partidas carlistas que mas adelante habían de formar un temible y numeroso ejército. Referrir aquí todos los sucesos y las acciones de guerra que tuvieron lugar durante la última y desastrosa contienda civil, sería hacer interminable este artículo, y nos obligaría tal vez á entrar en consideraciones políticas; campó que, como ya saben nues-

tros lectores, nos hemos vedado de intento. Por otra parte, y aunque el Infante concurrió al mayor número de los hechos de armas que tuvieron lugar en el Norte y durante la expedición de 1837 al centro de la Península, sobre ser generalmente conocidos y hallarse explicados con la suficiente extensión en otros mil artículos de este diccionario, es constante que don Carlos asistió á ellos mas como espectador que como jefe. Indeciso por carácter y abrumado por la multitud de consejos contradictorios que le daban sus mas íntimos servidores, casi nunca sabia resolver á tiempo, y el resultado fué, que alternativamente le dominaron Zumalacarrégui, Eguía, Maroto, el infante don Sebastian, el obispo de Leon, Erro, Tejeiro, el padre Cirilo y muchos otros. Esta indecision, esta falta de aquel carácter propio del que pretende y quiere conquistar una corona, originaron á su causa tal vez tantos daños como las armas de la reina; pues se introdujo la division entre sus partidarios; suscitáronse las intrigas y las ambiciones entre los mismos; fraguáronse planes absurdos, mas para desacreditar á los émulos que para vencer á los enemigos; y de todo resultó que, cansados unos y otros de la debilidad del Infante y de una guerra que se iba haciendo interminable y sin objeto, oyeron con gusto la palabra paz, y se firmó el célebre convenio de Vergara en el verano de 1839. Cuando principiaron las negociaciones secretas del convenio, la princesa de Beira atravesó la frontera. Hacia ya algun tiempo que habia fallecido la infanta doña Maria Francisca; pérdida que sufrió su esposo don Carlos con la resignación cristiana y casi estoica que manifiesta en todas sus desgracias; y entonces se ratificó, en Azcoitia y en el palacio del duque de Granada, el enlace que habia contraído en secreto y por poderes en Salzburgo el 2 de febrero de 1838, con la hija de don Juan VI, su cuñada y sobrina á la vez; este matrimonio habia sido conocido de muy pocos hasta su publicación. Grandes esperanzas de triunfo inspiró este suceso entre los partidarios de don Carlos; porque era fama que la princesa traía al Infante con su mano poderosos auxilios de los soberanos del Norte. Pero precipitáronse los acontecimientos y las ilusiones quedaron bien pronto desvanecidas; y aun la misma princesa, cuando se publicó el convenio, fué acusada de traidora por los sublevados de Vera, capitaneados por el cura Echevarría, y amenazada de muerte; riesgo del cual se libró por un gran arranque de valor personal, bien ajeno de su sexo. En cuanto á don Carlos, después de seguir varios y muy diferentes pareceres de los que le rodeaban, sin decidirse enteramente por ninguno, salió de su inacción al observar los movimientos emprendidos por el ejército de la reina sobre la frontera; se retiró hacia Elizondo y entró en Francia por Urdax con las fuerzas que le acompañaban y otro verdadero ejército de empleados que seguían su suerte. Dicese que al poner el pié en el territorio francés, sereno y conforme como le acontecía de ordinario, manifestó que estaba satisfecho de haber cumplido sus deberes como rey. — El gobierno de la nación vecina mandó alojar á don Carlos con la vigilancia indispensable, primero en Ezpeleta y después en Bourges, brindándole con socorros que desdichó; no así los que le facilitaron los

soberanos de Austria, Prusia y Cerdeña, ni tampoco los que periódicamente y desde España le han prodigado sus mas fieles adictos. Ultimamente don Carlos ha renunciado sus derechos en favor de su hijo primogénito, que al tiempo de aceptar tomó el título de conde de Montemolin, y adoptando él mismo el de conde de Molina, ha conseguido permiso para trasladarse á Italia, donde reside en la actualidad con su esposa. A pesar de su debilidad y de la indecision que hemos indicado en este artículo, el infante don Carlos posee virtudes y dotes muy recomendables; y hasta sus mayores enemigos y adversarios políticos convienen en que es exacto el juicio que de este príncipe ha formado un escritor moderno, y encierra en las siguientes palabras: « Es sufrido en la adversidad, sinceramente piadoso, y aunque débil en los momentos de obrar, constante en sus propósitos y tenaz en defender los que estima sus justos derechos. No suele olvidar los servicios recibidos; atendió siempre mucho en las concesiones á los méritos y á la justicia de los pretendientes; profesa aversión á la calumnia; gusta de los eclesiásticos, prefiriendo los de costumbres mas severas, aun cuando sean menos avisados; trata á sus servidores con afabilidad y deferencia, y es prudente y mesurado en su conversacion y trato. Nació en una clase menos elevada, sin brillar ni fijar sobre sí la atención pública, hubiera gozado el concepto de hombre respetable y probó, etc. »

3.º REYES DE FRANCIA.

CARLOS MARTEL, duque de Austria, hijo natural de Pipino de Herstal y padre de Pipino el Breve, nació por el año 691, murió en 741 y reinó largo tiempo en Francia con el solo título de mayordomo de palacio. Después de la muerte de su padre en 714, hizo que le entregasen Chilperico II, á quien habia derrotado en Ymcy en 717; sin embargo, le conservó la corona y se contentó con el título de mayordomo de palacio, pero tenia de hecho toda la autoridad. Carlos Martel venció á los Sajones, á los Frisones, á los Alemanes, á los Bárbaros, y obtuvo en Poitiers, en 732, una victoria completa sobre los Sarracenos, que capitaneados por Abderrámen, habian invadido la Francia, y aun se asegura que se le dió el sobrenombre de Martel, porque habia destrozado como con un martillo á estos formidables enemigos. Carlos Martel al morir dividió el reino entre sus tres hijos, Carloman, Grifon y Pipino el Breve, pero sin dárles el título de rey que él tampoco habia usado.

CARLOS I., llamado **CARLOMAGNO** ó **CARLOS EL GRANDE**, rey de Francia y emperador de Occidente, segundo hijo de Pipino el Breve, nació en 742, en el castillo de Salzburgo, en la alta Baviera. Después de la muerte de su padre en 768, fué coronado rey de Francia, y ocupó al principio el trono en compañía de su joven hermano Carloman, pero quedó único poseedor de él á la muerte de este último en 771. Habia obtenido desde 770 una completa victoria sobre los pueblos de Aquitania, que querian hacerse independientes. Cuando se vió único dueño de la Francia, estendió por todas partes sus conquistas. Hizo una guerra encarnizada á los Sajones, que mandados por Witkind, le opusieron una vigorosa resistencia, y no

logró someterlos del todo hasta 804; viéndose obligado para evitar sus continuas revoluciones á trasladarlos á otro país. En 774, derrotó á Didier rey de los Lombardos, y se apoderó de sus estados. Pasó á España en 778 y alcanzó muchas victorias sobre los Sarracenos, pero su retaguardia fué derrotada en Roncesvalles. En 796, destruyó el imperio de los Avaros. Leon III lo coronó emperador de Occidente, el año 800. En 813, asoció á su hijo Luis al imperio, y murió poco después en 814. El vasto imperio de Carlomagno estaba limitado al O. por el Océano Atlántico; al S. por el Ebro en España y por el Volturna en Italia; al E. por Sajonia, el Teiss, los montes Krapacks y el Oder; al N. por el Báltico, el Eyder, el mar del Norte y la Mancha. Este emperador mereció el título de *Grande*, no solo por sus conquistas, sino tambien por sus sabias instituciones. Fué el restaurador de las letras; atrajo á Francia, por sus liberalidades, á los sabios mas distinguidos de Europa. Fundó en su palacio la primera academia que se habia visto en las Galias, y se honraba con ser uno de sus miembros. Estableció escuelas donde se enseñaba la gramática, la aritmética, la teología y las humanidades. La Francia debió á Carlomagno sus primeros progresos marítimos; hizo abrir muchos puertos. Protegió la agricultura, y se immortalizó por la sabiduría de sus leyes. Se le debe el código conocido bajo el nombre de *Capitulares*, que hizo promulgar por los años 805. Se conservan de él algunas cartas, y se le atribuye una gramática y varios escritos literarios y teológicos. Véase **CAROLINOS** (LIBROS). Fué puesto en el número de los santos por el antipapa Pascual III, y su fiesta se celebra el 28 de enero. Es patron de la universidad de Paris. La historia de Carlomagno ha sido escrita en latin por Eginhard, que habia sido su secretario; en francés por Gaillard, 2 tomos en 8.º, 1785.

CARLOS II, llamado *el Calvo*, hijo de Luis el Benigno y de Judith de Baviera, nació en Francfort-sur-le-Mein, en 823, fué rey de Francia en 840. Se unió á Luis el Germánico, para pelear contra Lotario, su hermano mayor, que queria escluirlo de la herencia del imperio, y ambos lo vencieron, en 841, en la batalla de Fontenay en Borgoña, cuyo resultado fué una division por iguales partes del imperio entre los tres hermanos. Carlos se quedó con la Francia, reuniendo á ella muchos estados, tanto por conquistas como por herencia, y se hizo coronar emperador en 875, por el papa Juan VIII. Este príncipe dió considerables sumas á los normandos, con el fin de que dejasen de asolar sus estados invadidos por ellos. Tuvo que sostener muchas guerras para poder conservar la Aquitania, que poseía en perjuicio de su sobrino, Pipino II. Habiendo pasado á Italia para consultar con el papa el medio de rechazar los Sarracenos, se vió obligado á volver á Francia por la aparición de Carloman, rey de Baviera, en las tierras de Lombardia. A su regreso se apoderó de él una violenta enfermedad, y murió en 877, en el pueblo de Brios, al pié del monte Cenis. Del tiempo de Carlos el Calvo data el poder feudal, y el declinamiento de la raza Carlovingiana. Ha dejado unas capitulares, que han sido unidas á las de Carlomagno.

CARLOS, llamado *el Gordo* ó *el Grueso*,

emperador, regente de Francia en tiempo de Carlos el Simple. Véase **CARLOS III**, emperador.

CARLOS III, llamado *el Simple*, hijo póstumo de Luis el Tartamudo, nació en 879. Después de la muerte de Luis III y de Carloman, sus hermanos, á los que debia suceder, los nobles dispusieron de la corona en favor del emperador Carlos el Gordo, y á pesar de haber sido depuesto este en 887, Carlos el Simple no fué llamado al trono, y Eudes, conde de Paris, fué elegido rey. Sin embargo, Carlos logró hacerse coasagrar en 893 y partió algun tiempo el trono con Eudes. A la muerte de este noble (898), quedó único rey. Este príncipe débil no pudo resistir á los Normandos; se vió obligado á cederles la Neustria (que después tomó el nombre de Normandía), y á dar su hija á Rollon, su jefe. Habiéndose rebelado los nobles (922-23), Carlos los derrotó y mató á Roberto, hermano del rey Eudes, que se habia puesto á su cabeza; pero fué vencido por Hugo el Grande, hijo de Roberto, y se salvó acogiéndose á Herberto, conde de Vermandois, que lo tuvo prisionero en el castillo de Perona. Carlos III murió en 929. Dejó un hijo conocido con el nombre de Luis de Ultramar. Bajo este reinado, los vasallos poderosos se hicieron cada vez mas independientes del poder real.

CARLOS IV, llamado *el Hermoso*, tercer hijo de Felipe el Hermoso, subió al trono en 1322, después de la muerte de su hermano, Felipe el Largo, y añadió al título de rey de Francia, el de rey de Navarra, como heredero de Juana, reina de este estado. A su advenimiento, encontró el tesoro real agotado, por los abusos del reinado precedente. Castigó severamente y destituyó á los rentistas lombardos, que habian cometido toda especie de exacciones; no trató con menos rigor á los malos jueces y á los nobles que se apoderaban de los bienes de los particulares. Carlos IV no tuvo mas que hijas, de sus diferentes matrimonios, y á su muerte (1328), su corona pasó á una rama colateral, en la persona de Felipe de Valois. Carlos el Hermoso tuvo con Eduardo II, rey de Inglaterra, sangrientas disensiones, respecto al homenaje que este príncipe le debia por la Normandía; tuvo tambien que combatir contra algunos señores de Gascuña, que apoyados por los Ingleses, habian hecho incursiones en el dominio de Francia (1324). A esta guerra se da el nombre de *Guerra de los Bastardos*, porque los Gascones tenian por jefes algunos bastardos de la nobleza.

CARLOS V, llamado *el Sabio*, hijo mayor del rey Juan, nació en 1334, gobernó el reino en calidad de regente, durante el cautiverio de su padre, sucedió á este príncipe en 1363 y murió en 1380. Hizo la guerra con éxito á Eduardo III, rey de Inglaterra, que habia invadido la Francia; después á Pedro el Cruel, rey de Castilla, y obligó al rey de Navarra á renunciar á la alianza con Eduardo. Su sabia política le concilió la amistad de la nobleza bretona; fueron sus generales Oliviers de Clisson, Bertrand Duguesclin y Bonicauc. Carlos V reunió á la corona el Poitou, el Saintonge, el Rouergue, una gran parte del Lemosin, el condado de Ponthieu y la Guyenna; pero los Ingleses poseían aun á su muerte las ciudades de Burdeos, Calais, Cherburgo, Bayona y

muchas fortalezas. Fijó la mayoría de los reyes de Francia á los 14 años, suprimió algunos impuestos onerosos, fundó la Biblioteca Real é hizo construir la Basílica. Testigo Carlos de las desgracias ocasionadas por el cautiverio de su padre, se habia impuesto la ley de no mandar sus ejércitos en persona; y daba sus órdenes desde el fondo de su gabinete.

CARLOS VI, llamado *el Muy Amado* y *el Insensato*, hijo de Carlos V, nació en 1368, recibió el Delfinado en herencia, y sucedió á su padre en 1380, á la edad de 12 años, pero no gobernó por sí solo el reino, hasta la edad de veinte años. Su minoría fué turbada por las desavenencias de los duques de Anjou, de Borgoña, de Berry y de Borbon, sus tíos, que se disputaban el poder; la ciudad de Ruan se rebeló; en Paris, una turba de asesinos, conocidos bajo el nombre de maceros (maillottes), aporrehaban á los hacendados con mazos de hierro. En 1382, Carlos derrotó en Rosbecque á los Flamencos sublevados. En 1393, marchó contra el duque de Bretaña, que daba asilo al asesino de Clisson; pero al atravesar la selva del Mans bañada por un sol ardiente, perdió el juicio. Durante su demencia, sus tíos se apoderaron de la regencia y volvió á empezar la guerra civil. El duque de Orleans, hermano del rey, fué asesinado por orden del duque de Borgoña (1407), y la Francia se dividió en dos partidos, los armanacs, partidarios del duque de Orleans, y los borgoñones, partidarios del duque de Borgoña; poco tiempo después el duque de Borgoña pereció tambien á manos de sus enemigos, que lo asesinaron en represalias. Aprovechándose de estas turbulencias Enrique V, rey de Inglaterra, se armó contra Francia, alcanzó la célebre victoria de Azincourt (1415), y se apoderó de la Normandía; después hizo alianza con el joven duque de Borgoña, Felipe el Bueno, que queria vengar el asesinato de su padre, y con la misma reina Isabel, y se hizo coronar rey de Francia (1421). Carlos VI conservó sin embargo el título de rey, y su hijo (Carlos VII) gobernó en calidad de regente los pocos estados que le quedaban. Carlos VI murió en 1422.

CARLOS VII, llamado *el Victorioso*, hijo de Carlos VI, nació en 1403; gobernó algun tiempo, durante la demencia de su padre; pero viéndose obligado á huir de Paris, donde el partido del duque de Borgoña dominaba, se retiró á Bourges (por lo cual los Ingleses le llamaban por irrisión *Rey de Bourges*). Tomó el título de regente, subyugó muchas ciudades, y estableció un parlamento. Cuando el duque de Borgoña fué asesinado (1419), Carlos fué acusado de este asesinato y quedó desheredado (1420). Mas no por eso dejó de hacer que le reconociesen por rey á la muerte de su padre (1422), y resolvió espulsar á los Ingleses; recorrió las provincias meridionales, se apoderó de muchas plazas, consiguió cerca del Loira algunos triunfos contra los Ingleses, y con el apoyo de la célebre Juana de Arc, los obligó á levantar el sitio de Orleans (1429), después pasó á hacerse coronar en Reims (1430). Este príncipe privó á los Ingleses de todas sus posesiones en Francia, á escepcion de Calais; Paris se rindió espontáneamente al rey en 1436. Los últimos años de Carlos VII fueron turbados por la am-

bición de su hijo (Luis XI); abatido por el temor de que le envenenase este hijo desnaturalizado, se dejó morir de hambre (1461). Este monarca gobernó con habilidad y economía; aseguró la paga y la disciplina del ejército, é hizo establecer (1438) la *Pragmática Sancion*, que tenia por objeto fijar los privilegios de la iglesia de Francia. Se le censura su demasiada inclinación hacia el bello sexo; la bella Inés Sorel poseyó largo tiempo su amor.

CARLOS VIII, llamado *el Afable*, hijo de Luis XI, nació en 1483, subió al trono á la edad de 13 años (1483), la tutela fué confiada á su hermana, Ana de Francia, señora de Beaujeu, á pesar de la oposición de Luis, duque de Orleans. Casó en 1491 con Ana, heredera de Bretaña, y unió esta importante provincia á la Francia. Joven y ambicioso, quiso conquistar el reino de Nápoles haciendo valer ciertos derechos que los príncipes de la casa de Anjou habian legado á su familia. Hizo, en efecto, esta conquista con asombrosa rapidez, y se apoderó de Nápoles cinco meses después de su partida (1495); pero perdió sus nuevos estados mas pronto que los habia conquistado. El papa, los Venecianos, Sforzia, duque de Milan, Fernando de Aragón é Isabel de Castilla se unieron contra él y le obligaron á salir de Italia el mismo año. Atacado á su regreso, cerca de Tortuosa por 40.000 confederados, Carlos los venció con 9.000 hombres (1495), y logró entrar en su país. Murió en 1498. Como no dejaba hijos, el duque de Orleans, su primo, le sucedió bajo el nombre de Luis XII. Mr. Ph. de Segur ha escrito la *Historia de Carlos VIII*, 2 tomos en 8.º, 1835.

CARLOS IX, segundo hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis, nació en 1550, sucedió á su hermano Francisco II en 1560. La regencia fué confiada á Catalina de Médicis, cuyas intrigas alarmaron la Francia. Bajo el reinado de Carlos IX, el reino fué devastado por las guerras de los católicos y de los protestantes: la conferencia de Poissy, donde se trató de conciliar los dos partidos (1561), habiendo quedado sin resultado alguno, los protestantes tomaron las armas, teniendo á su cabeza al príncipe de Condé; después de algunos triunfos fueron vencidos en Dreux por el duque de Guisa (1562), en San Dionisio, por el condestable de Montmorency (1567), y en Jarnac y en Montcontour, por el duque de Anjou, después Enrique III (1569). En fin, la paz fué firmada en San German (1570), y el casamiento de la hermana del rey con un joven príncipe protestante, el rey de Navarra, después Enrique IV, parecía ser la garantía de una reconciliación durable, cuando en la noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), y durante los regocijos de las bodas, Carlos IX cediendo á las instigaciones de su madre, ordenó el degüello de los protestantes en todos los puntos de Francia á la vez, y este rey cruel animaba en persona á los asesinos; se añade aun que él mismo arrojaba sobre sus vasallos algunas ventanas del Louvre. Carlos IX murió en 1574, víctima de sus desenrenos y atormentado por los remordimientos. Este príncipe cultivaba las letras, y aun se conservan algunos versos suyos.

CARLOS X. Este nombre fué dado por los ligados al cardenal de Borbon. Véase **BORBON** (CARDENAL DE).